

sido presentado en el monte (1). Sí, en el monte del templo donde María se ha mostrado ya maestra de los que habíamos de componer el rebaño de su Divino Hijo. Escuchad, y no olvidéis la ley de vuestra madre (2). Imitad sus virtudes, sed todos para Dios y nada para el mundo. Buscad, os diré para concluir, con el evangelista san Mateo, buscad ante todo el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura (3). De este modo, María que nos ama como á hijos, nos alcanzará del Señor la gracia, con la cual adornados, seremos un día participantes de las delicias de la gloria. *Amen.*

(1) Inspice, et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est. Exod. c. XXV. v. 40.

(2) Audi, fili mihi, ne dimittas legem matris tuæ. Proverb. capitulo I, v. 8.

(3) Querite ergo primum regnum Dei, et justitiam ejus: et hæc omnia adjicientur vobis. Math. c. VI, v. 34.

SERMON

PARA EL DIA

DE LA ANUNCIACION DE MARÍA SANTÍSIMA.

Ave gratia plena: Dominus tecum.
Dios te salve, llena de gracia: el Señor
es contigo.

Luc. cap. I, v. 28.

El Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros, y vimos la gloria de él, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (1).» ¡Salve, descendencia del padre prevaricador! Humanidad desgraciada que llorabas sin consuelo al verte desheredada del cielo y cargada con las duras cadenas de la esclavitud, ¡salve mil veces! Ya puedes descolgar los instrumentos músicos, y en agradable armonía entonar himnos de bendición y alabanza al Dios excelso, porque es bueno y eterna su misericordia (2). Un día de gloria, un día grande esperaba el mundo, y este día esperado por los patriarcas y anunciado por los profe-

(1) Verbum caro factum est; et habitavit in nobis, et vidimus gloriam ejus, gloriam quasi Unigeniti à Patre, plenum gratiæ et veritatis. Joan. cap. I, v. 14.

(2) Quoniam bonus, quoniam in æternum misericordia ejus. Esdr. c. III, v. 14.

tas llegó por fin. La carne había envilecido al hombre y el mismo Dios se reviste de nuestra misma carne, para que lo mismo que nos envileció sea lo que nos ensalce. Un ángel es el celestial mensajero que trae al mundo la nueva de su libertad: una hermosa israelita, una jóven llena de virtudes, pura cual los ángeles del Empíreo, de quienes había de ser declarada reina, había sido escogida para reclinatorio del mismo Dios, y en el momento mismo en que está entregada á la oracion ve delante de sí á Gabriel, que la saluda diciéndola: *Dios te salve, llena de gracia: El Señor es contigo.*

Sí, señores: cuanto nos dice el Evangelio de este día, todo es maravilloso; todo escede á nuestra limitada inteligencia; todo, en una palabra, es un misterio: por esto es superior á la razon del hombre, pues de otro modo no sería misterio. No vamos á entrar hoy en los senos de la Providencia, ni tratamos de investigar las admirables obras de la Omnipotencia. Un Dios que es eterno, tomando nuestra naturaleza para nacer en tiempo; una Virgen pura, que sin dejar de serlo concibe al Verbo en sus entrañas; un ángel que anuncia á la misma Virgen tal prodigio, son cosas capaces de arrebatarnos nuestra admiracion; son prodigios que nos hacen conocer á un mismo tiempo la grandeza de Dios y la pequeñez del hombre.

En efecto, *Yo soy*, dice el Señor, *el alpha y el omega, el principio y el fin; que es, y que era, y que ha de venir, el Todopoderoso* (1). Y este Señor que no tuvo principio ni fin, se hace como uno de nosotros en la Encarna-

(1) Apocalip. cap. I, v. 8.

cion, se abate, se humilla, se anonada, y oculta su magestad y grandeza para ensalzar, para elevar al hombre, manifestando con esta obra maravillosa su poder, su sabiduría y su bondad, como sábiamente explica el Doctor angélico (1). Y al contemplar nosotros á la tierna Virgen de Judá en el momento en que el ángel le anuncia que ha concebido por obra del Espíritu Santo, vemos descubierto el pensamiento de Isaías que dijo: *Saldrá una vara de la raíz de Jessé, y de su raíz subirá una flor* (2): es decir, como quieren los sagrados Expositores, *y de María, vara fructífera brotará un vástago precioso, que es Jesucristo*. Vemos en fin tener cumplimiento aquel célebre vaticinio del mismo profeta: *Hé aquí que concebirá una Virgen y parirá un hijo y será llamado su nombre Emmanuel* (3).

Yo contemplo, señores, el gran misterio de este día, y al contemplarlo no quiero dirigir el pensamiento al Paraiso de nuestros primeros padres, ni quiero entristecerme al considerar la transgresion del primer precepto. Grande fué la ofensa cometida contra Dios, y el crimen de desobediencia reclamaba un castigo que hiciese conocer la enormidad del delito; empero cuando veo á la paz unida con la justicia; cuando contemplo ya al mismo Dios revestido de nuestra propia carne, que viene á desatarnos del carro de perdicion, redimiéndonos y elevándonos de un modo admirable, no puedo menos de llamar con la Iglesia feliz á la primera culpa que mereció tal Redentor.

(1) D. Thom. Opusc. 60.

(2) Et agredietur virga de radice Jesse, et flos de radice ejus ascendet. Isaías cap. XI, v. 1.

(3) Ecce Virgo concipiet, et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel. Isaías, cap. VII, v. 14.

Hoy, pues, que nos reunimos bajo las bóvedas de este santo templo, para celebrar las glorias de la bienaventurada Virgen María en el misterio de su Anunciacion, me propongo haceros ver en el presente discurso *las grandezas de esta Señora, y la elevacion de la humana naturaleza por su consentimiento en la Encarnacion.* Necesario seria para tratar este asunto con dignidad un caudal de erudicion y elocuencia que estoy muy lejos de poseer. El menos apto de cuantos ocupan la cátedra de la religion, y que se ve obligado á hablaros de uno de los mayores misterios del catolicismo, nada puede hacer de provecho, si el Dios de bondad y misericordia que nos preside no se digna concederme un rayo de su divina gracia. Ayudadme, pues, mis amados hermanos, á implorarla por la intercesion de la Santísima Virgen, saludándola con las mismas espresiones que el ángel la saludará en este dia: *Ave Maria.*

REFLEXION ÚNICA.

Quando saludamos á la Santísima Virgen diciéndola: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres,» dirigímosla unas espresiones, una salutacion cuyo origen no es terrenal, sino del cielo: repetimos las mismas palabras de que se sirviera el enviado de Dios para hacer saber á María toda su grandeza y exaltacion, haciéndole conocer que ella habia sido hallada digna, y por lo tanto, escogida para ser Madre del Hijo de Dios. Ved aquí como el mayor obsequio que podemos tributar á María, es dirigirla la oracion del Ave María, que con tanta frecuencia hállase en los lábios de los

cristianos: al amanecer de cada dia, á la oracion del medio dia y á la del anochecer la repetimos porque esta salutacion declara suficientemente la grandeza de nuestra Madre, y nos descubre su dignidad casi infinita por el respecto que dice al orden hipostático.

No pienso, señores, fundar la grandeza de María en lo que los elevados personajes de la tierra quieren hacer resaltar la suya. Si la verdadera grandeza se adquiriese por el brillo de la cuna, y la gloria de los antepasados, en este caso, María tampoco cederia á ningun otro la preferencia, pues que San Mateo nos hace ver su ilustre y real ascendencia; empero la grandeza que eleva al hombre, que le distingue y forma su verdadera gloria, es ciertamente la grandeza de la santidad. Y sentada esta verdad católica, ¿habrá una criatura en los cielos ni en la tierra, colmada de mas santidad que María? Ella es superior á todos menos á Dios, y por lo tanto su grandeza no tiene semejante fuera del mismo Dios. No voy hoy á demostraros para probar su grandeza, el modo heroico con que se entregó á la práctica de las virtudes todas desde sus primeros dias: mi objeto es tan solo hacerla resaltar en el misterio de este dia. Para esto quiero que considereis la dignidad á que María es hoy elevada. Al escuchar nosotros las palabras del Angel, no podremos menos de comprender que la Santísima Virgen es admitida á un grande honor por su asociacion con Dios para la obra maestra de su Omnipotencia. ¿Y sabeis, mis hermanos, cuál es la obra maestra del Hacedor Supremo? No es por cierto este mundo cuya hermosura nos encanta, ni ese firmamento tachonado de

brillantes estrellas, cuyo resplandor nos admira: hay todavía una obra mas perfecta á la que llamo maestra, y esta obra es Jesucristo. No necesitó el Criador mas que entrar en consejo consigo mismo para hacer la luz, para formar los cielos y la tierra, para hacer brotar cristalinas aguas de las fuentes, ni para formar al hombre hermoso y bello á su imágen y semejanza: empero cuando trata de llevar á cabo la union hipostática de ambas naturalezas, divina y humana, entonces se vale de María, y no solo se vale de ella, sino que exige su consentimiento, y dado este por María, vedla ya elevada á un grado de grandeza que no ha tenido ni tendrá semejanza en ninguna otra criatura. Esta grandeza nos la dá á comprender suficientemente el Evangelio que hace pocos momentos habeis oido. Veámoslo.

Siempre, y en todo tiempo, sirvióse el Señor del ministerio de los ángeles, así para mostrar su justa indignacion contra los pecadores obstinados, como para hacer conocer á los hombres su extraordinario amor y ardentísima caridad para con ellos. Quiso defender la ciudad santa de Jerusalem, y dispone que un ángel se presente en el campamento de los Asyrios, y quite la vida en una sola noche á ciento ochenta y cinco mil hombres (1). Este y otros pasajes que refiere el Antiguo Testamento, nos demuestra cómo el Señor se sirve á veces del ministerio angélico para hacer conocer su indignacion; empero otros muchos pasajes nos hacen conocer como ellos son tambien los embajadores celestiales, portadores de las nuevas mas gra-

(1) Egressus est autem angelus Domini, et percussit in castris Assyriorum centum octoginta quinque millia. Et surrexerunt mane, et ecce omnes, cadavera mortuorum. Isaias, cap. XXXVII, v. 36.

tas á la humanidad. Vése Agár afligida y llena de desconsuelo, errante por el desierto de Bersabé, y su afliccion sube de punto al conocer que su hijo Ismael iba á perecer de sed; mas hé aquí que un Ángel se le presenta de parte de Dios y le muestra un pozo de agua, con la cual podia aplacar la sed del muchacho y librarle de la muerte que le amenazaba (1). Varias veces se presenta Gabriel al Profeta Daniel para hacerle comprender las órdenes de Dios (2), y cuando se halla en el lago de los leones, un Angel toma por los cabellos al Profeta Abacuc, y trasportándole de Judea á Babilonia, proporciona el alimento de que carecia el jóven Daniel (3). Siendo, pues, los ángeles los protectores de los hombres, siendo su mision sublime la caridad, y siendo en una palabra los mensajeros de Dios, ved porque el Eterno se vale de uno de estos purísimos espíritus, del mismo Gabriel que se apareciera repetidas veces á Daniel, para que anunciase á María la altísima dignidad en que habia sido constituida por habitar en ella el mismo Dios. *Missus est angelus Gabriel á Deo in civitatem Galilea, cui nomen Nazareth, ad Virgi-*

(1) Exaudivit autem Deus vocem pueri: vocavitque Angelus Dei Agar de caelo, dicens: ¿Quis agis Agar? Noli timere: exaudivit enim Deus vocem pueri de loco in quo est. Surge, tolle puerum, et tene manum illius: quia in gentem magnam faciam eum. Aperuitque oculos ejus Deus: quæ videns puteum aquæ, abiit, et implevit utrem, deditque puero bibere. Géns. cap. XXI, v. 17, 18 y 19.

(2) Et audivi vocem viri inter Ulai: et clamavit, et ait: Gabriel fac intelligere istum visionem. Dan. cap. VIII, v. 16.

Adhuc me loquente in oratione, ecce vir Gabriel, quem videram in visione á principio, cito volans tetigit me in tempore sacrificii vespertini. Ibid. cap. IX, v. 21.

(3) Dixitque angelus Domini ad Habacuc: Fer prandium, quod habes in Babylonem Danieli, qui est in lacum leonum. Et dixit Habacuc: Domine Babylonem non vidi, et lacum nescio. Et apprehendit eum angelus Domini in vertice ejus: et portavit eum capillo capitis sui, posuitque eum in Babylone supra lacum in impetu spiritus sui. Ibid. cap. XIV, v. 33, 34 y 35.

nem despositam viro cui nomen erat Joseph de domo David, et nomen virginis Maria. Sí, señores, la bella, la pura, la sin par María, esa doncella de la tribu de Judá, ha sido el objeto de la tierna mirada del Altísimo: mas hermosa, mas prudente, mas esforzada, mas sufrida que Esther, Abigail, Judith y Débora, reunia todas las virtudes y resplandecian en ella en grado heroico. No habia habido hasta entonces ni producirán los siglos venideros mujer más santa: por esto fué predestinada desde el principio de los tiempos para Madre del Salvador: por esto hoy que es llegado el tiempo señalado en los consejos de la Trinidad beatísima, viene Gabriel á anunciarla la nueva que la engrandece de un modo admirable y que tambien ha de engrandecer á la humanidad entera: empero ¿cómo se presenta el Angel del Señor? ¿Cuáles son las palabras de que se sirve para cumplir la mision de que estaba encargado? ¡Ah! Que Gabriel usa de unas palabras sencillas pero elocuentes: lleno de un gozo celestial, se presenta ante la criatura mas bienaventurada de la tierra, y dejándose ver de ella en figura y traje corporal, la llama llena de gracia, la hace saber que el Señor es con ella, y que por lo tanto ella es bendita entre las mujeres. *Et ingressus angelus ad eam dixit. Ave gratia plena. Dominus tecum: Benedicta tu in mulieribus.*

Criatura privilegiada; Tabernáculo santificado del Altísimo (1), margarita la mas preciosa de todo el universo (2), alma gloriosa, en cuya creacion hizo ostencion el Eterno Padre de toda su omnipotencia, como se espresa el devotísimo San Bernardo (3). ¡Salve mil

(1) Santificavit tabernaculum suum Altissimus. Ps. XI, v. 5.

(2) S. Ciril. Hom. 6 in Sinod. Efes.

(3) Pater in creatione Maria exhibuit omnipotentiam contra peccatum. San Bernard. serm. de Beat. Virgen.

veces! llena eres de gracia, porque el Criador del cielo y de la tierra, el autor de cuanto tiene sér, el que no tuvo principio ni tendrá fin, el que reina sobre todos los reyes y príncipes, y tiene su trono en el Empíreo, el Señor, el único que es (1) está contigo *Dominus tecum*: no obstante su eternidad está ya en tu vientre virginal para nacer en nuestra propia carne y redimirnos. Habeis oido, señores, las espresiones del ángel san Gabriel; pues bien, poneos de frente al misterio de nuestra salud, contemplad en la Encarnacion del Hijo de Dios y bien podreis conocer la grandeza que María adquiere en el momento de la Anunciacion.

Ni os admire que María se turbe al escuchar tan gran nueva, ni que se llene de confusion al oir las palabras á ella dirijidas. *Quæ cum audisset, turbata est in sermone ejus et cogitabat qualis esset ista salutatio.* La turbacion de María nació de ver al ángel en forma humana, y tambien de oir aquella salutacion tan nueva, que hería su profundísima humildad. Por esto el ángel se apresura á declarar el objeto de su venida, y á sacarla de su turbacion, diciéndola: *Ne timeas, Maria, invenisti enim gratiam apud Deum.* ¿Qué es esto, singularísima doncella? ¿no habia mostrado Dios como su arrepentimiento de haber criado al hombre? (2) Y si bien es verdad que antes de la transgresion del primer hombre, todo hallaba gracia en sus ojos, ¿no lo es tambien que despues de la culpa estaba airado, y nada encontraba ya gracia en su divina presencia? Así es, señores, pero al leer en el sagrado Génesis anatemas fulminados por el divino lábio, tambien leo que el Señor ofrece al mundo una mujer, una segunda Eva,

(1) Ego sum qui sum. Exod. cap. III, v. 14.

(2) Génes. cap. VI, v. 6.